



Biblioteca Poética

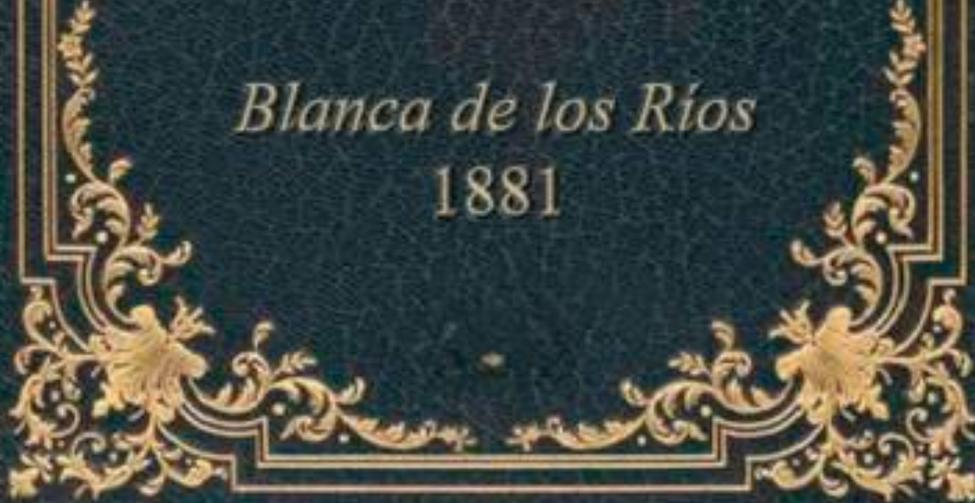


Esperanzas
y
Recuerdos



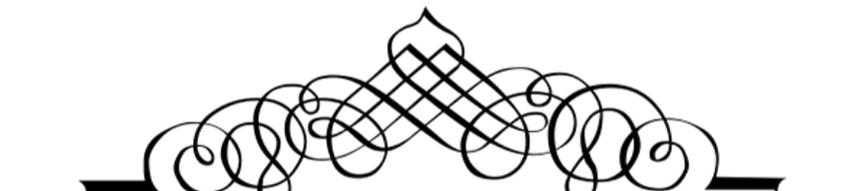
Blanca de los Ríos

1881



Poemario lírico de temas alegres, amargos, evocadores o tristes mostrando las vivencias de la autora.

Distintas composiciones, métricas y rimas que reflejan sus recuerdos y esperanzas.



Proyecto Scriptorium

Edición conmemorativa



ANIVERSARIO



*“El que lee mucho y anda mucho,
ve mucho y sabe mucho”.*

*“El ver mucho y leer mucho
aviva los ingenios de los hombres”.*

*“No hay libro tan malo
que no tenga algo bueno”.*

Miguel de Cervantes Saavedra.

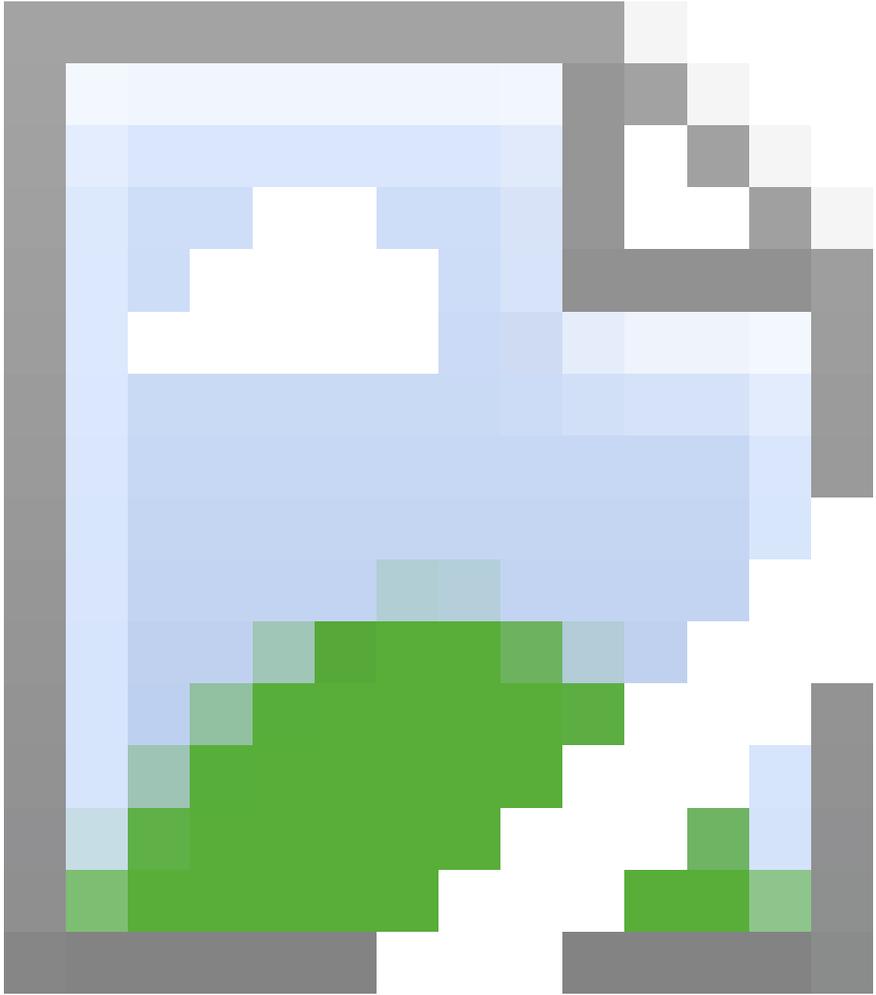


epublibre

Más libros, más libres



Este libro se publicó en el año 1881. He respetado la grafía de las palabras y el uso de la tilde de la época, tal como aparecen en el original. (N.E.D.).



ESPERANZAS Y RECUERDOS

EL ÁNGEL DE LAS AGUAS.

I.

Los rayos espectrales de la aurora
tras sudarios de niebla se filtraban;
sangriento lago semejaba el valle,
sepulcros de gigantes las montañas.
Era el amargo despertar del cielo
sobre el medroso campo de batalla,
y allí, despojos de la horrible lucha,
que las corrientes en monton arrastran,
la planta con la flor y el rojo fruto
pendiente aún de la abatida rama;
y cual vellones de apiñada nieve,
los corderos que inertes sobrenadan,
parecen sobre el cárdeno horizonte
las velas de una flota derrotada;
y cual negra cubierta de una tumba
el techo con la cruz de la cabaña,
¡pobre colmena rota, en cuyo seno
su misteriosa miel amor labraba!
Y entre cendales de revuelta espuma,
como siniestra ondulación del agua,
que ilumina fantástica la aurora,
rauda, medrosa, indefinible pasa,
allí una blanca forma, que voltea
con un espectro lívido abrazada,

allá una virgen pálida y desnuda
con sus propios cabellos por mortaja.

II.

¿Qué es lo que flota, tembloroso y vago,
sobre las turbias olas encrespadas?
¿Qué presa más al fondo de los mares
arrastran ¡ay! las implacables aguas?
¿Es tal vez copo de cuajada nieve,
blanco jirón de niebla congelada,
cándido cisne sorprendido en sueños,
que inerte va sobre las muertas alas?...
No, no es cisne... no es niebla; es una cuna,
triste despojo que el turbión arrastra,
y en ella un niño va, como el capullo
que con el tallo el aquilón arranca;
cual perla sin cuajar que el torbellino
mece en su concha de cerrado nácar;
cual nido arrebatado donde duerme
huérfana el ave sobre muerta rama:
es el niño en la cuna, es lo más débil
con lo más puro de la vida humana.
¡La cuna!... El blanco nido que la madre
al tierno huésped de su amor prepara;
el florido bajel donde se mece,
antes que el sér ansiado, la esperanza;
el cerrado capullo donde duerme
la inocente purísima crisálida;
el casto santuario que atesora
el sagrado depósito de un alma;
donde despierta la primer sonrisa;
donde se vierten las primeras lágrimas;
dulce regazo do la madre misma
recuesta al tierno sér de sus entrañas,

y blando, y tibio, entre sus blancos pliegues
el sonrosado cuerpo inmóvil guarda,
cuando invisible entre las sombras parte
á cita con los ángeles el alma.
Y allí el niño, el ensueño realizado,
sér de dos séres, víctima sin mancha
que en el altar sagrado de la vida
consume Dios con misteriosa llama;
el ídolo, la gloria de una madre
¡juguete de las olas desbordadas!
Inmóvil yace entre los blancos pliegues,
pálido y triste cual la luz del alba.
¡Murió, tal vez helado! ¡pobre niño!
¡ya se trocó la cuna en su mortaja!—
¡No ha muerto, no!... La muerte tuvo miedo
de herir aquella frente inmaculada.
¡No ha muerto, no! que fueran dos traiciones
en doble sueño sorprender un alma.
¡No ha muerto, no! Dormido va dos veces
en los brazos del sueño y de la infancia,
y sentado en el borde de su cuna,
vela por él el ángel de su guarda.
Temblando van las yertas manecitas
que con besos su madre calentaba...
¡Su madre!... ¿Dónde está? ¿Por qué no viene
y á costa de su vida no le salva?
¡No ha mucho le dejó!... Si fué ella misma
quien puso su cabeza en la almohada;
si ese sueño que aun duerme, fué su madre
quien ha poco cantando le arrullaba,
¡mejor fuera morir!... Si fué su labio
el que cerró tus párpados de nácar,
no los vuelvas á abrir, ¡ángel dormido!
si no has de verla más, ¡vuela á buscarla!
Cuando despiertes ¡ay! no tendrás madre,
dos enemigos sueños os separan:

ella cayó en el sueño de la muerte,
tú quedaste en el sueño de la infancia!
¡Madre!... Ese nombre las dormidas cuerdas
agita y estremece de mi alma;
madre es amor, aliento y existencia;
hijo y madre es un sér, ¿quién los separa?
¿Qué inexorable mano hirió á la tuya
que el hijo le arrancó de sus entrañas?
¿Quién sabe si en su pobre y duro lecho,
soñando con tu imagen adorada,
la sorprendió temblando algo muy frío
que en torno de su cuerpo se enroscaba,
como serpiente venenosa y muda
cuyo abrazo de hielo oprime y mata,
y al querer desasirse fluctuando,
sintió que el frágil lecho se volcaba,
y, luchando, al caer oyó el chasquido
que al tragar una presa arroja el agua!
Si, en el supremo instante de agonía,
cuando la eterna sombra la cegaba,
vió un arcángel de fuego con un rayo
la puerta derribar de la cabaña,
y por ella cual cisne de su nido
salir la cuna temblorosa y blanca,
pugnando con la muerte por seguirte,
como un ave de luz inmaculada,
también del yerto nido de su boca
el espíritu alado se exhalaba.
¿Quién sabe si ese espíritu invisible
te conduce por medio de las aguas?
¿Quién sabe si su cuerpo inerte y frío,
aún esclavo obediente de su alma,
arrastrándose en medio de las olas
te seguirá con faz desencajada?...

Pero en el turbio cielo no amanece,

y yerto el pobre niño se estremece
con esa contracción dulce, indecisa,
que es al borde del llanto una sonrisa.
Antes que le despierte el cierzo helado
y temblando de frío,
al buscar besos, y calor, y vida,
halle solo orfandad, llanto y vacío,
y sus párpados tiernos de azucena
se abran para llorar la mayor pena,
ven, ángel de la muerte, sin ruido,
envuélvelo en los pliegues de tu velo,
y si alguna mujer llora en el cielo,
esa es su madre; llévalo dormido!

¡Mas no! detén el presuroso vuelo,
no hieras esa frente tersa y pura,
donde la gloria del Señor fulgura;
ese inocente sér abandonado,
que ignora su peligro y su existencia;
que no porque el capullo esté cerrado
deja de contener toda la esencia!
¡No córtés de esa vida el frágil hilo!
También un día, sobre el ancho Nilo
flotó á merced de la corriente loca
el que arrancó las aguas á la roca,
el que cercado de celeste lumbre
habló al Señor tu Dios sobre la cumbre!

¡Ten por Dios; ten por Dios tu aliento frío
que mata y envenena cuanto toca!
¡tú, que en las flores hielas el rocío,
no hielas la sonrisa en esa boca!...
¿Quién sabe si ese niño abandonado
será también de Dios predestinado?
Sí... que en tu débil cuna, ¡ángel dormido!
como en la flor la tierna mariposa,
con tu dedo de rosa

las fuentes del dolor has cónmovido.
Que del árido mundo en el desierto
es más que fecundar la peña dura
del sentimiento remover las fuentes;
¡tú heristes en la roca, y á torrentes
se desató el raudal de la ternura!
Que en el supremo instante
en que un sér ignorado y generoso,
con la gloria del bien la faz radiante,
te arrancaba á la muerte valeroso,
si llorabas pidiendo
de tu perdida madre los abrazos;
si con la paz del ángel, sonriendo,
le abristes ¡ay! los ateridos brazos,
por rudo y fuerte que su pecho fuera,
debió sentir, estremecida el alma,
la conmoción que embarga á España entera;
esa dulce y suprema sacudida
en que vibra mezclada,
al dolor de la lágrima vertida,
la dicha de la lágrima enjugada!

¡Lloremos!... El dolor es un consuelo;
¡lloremos, sí, que en invisible giro,
el alma con las alas del suspiro
se remonta hasta Dios, y entra en el cielo!

Madrid, Noviembre del 79.





EL POETA.

Yo soy como el lirio que brota en la cumbre
Y el alba corona de azul tornasol;
Marchita su vida del cénit la lumbre,
¿Qué importa?... ¡le matan los besos del sol!

Yo bebo mezclados en copa de oro
Más goce que el mundo, más goce y más hiel;
Yo siento consuelos divinos si lloro,
Y hierde mis sienes de gloria el laurel.

Yo llevo en mi lira dormidas las notas
Que harán de ternura las flores temblar;
Yo bebo sediento del alba las gotas,
Y arrullan mi sueño las ondas del mar.

Yo soy como el viento, soy libre y potente:
No acato ni tronos, ni espada, ni ley;
Delante del pobre doblego la frente,
La máscara arranco del rostro del rey.

Mi vida es un sueño, mi sueño la gloria,
Mi gloria delirio, delirio mi amor;
Mi espíritu rompe del mundo la escoria
Y bate sus alas del éter señor.

Yo miro en las noches serenas de estío,

Temblando, á los cielos la luna subir;
Y el beso del alba –¡cuán pálido y frío!–
Me anuncia que es fuerza tornar á vivir.

Mi vista penetra detras de las nubes
Y rompe atrevida la bóveda azul,
Y ve cuando ciñen los blancos querubes
La frente del alba de perlas y tul.

El mar á mis ojos su seno delata
Mostrándome abierto su inmenso fanal,
Rodando en su seno los peces de plata,
Las algas, las perlas y el rojo coral.

Yo cruzo el Oriente, la cuna del mundo
Que mecen los mares de plata y azul,
Que arrullan las olas con eco profundo,
Que cubren los cielos de espléndido tul.

Do el sol en ocaso vertiendo el tesoro
De rayos que bajan en roja espiral,
Temblando en los aires cual garza de oro
Se posa en las ramas de palma oriental.

Do el negro coloso, que es tumba y es monte,
Envuelto de nubes en niveo capuz,
Arroja á las líneas del vasto horizonte
Miradas de siglos con ojos sin luz.

De telas de Oriente dormida á la sombra,
Sorprendo á la tribu que planta el real
Do quiera que el prado le tiende su alfombra
Y el agua desata sonoro raudal.

Contemplo, á la sombra de rotas arcadas,
Las nubias de boca de ardiente arrebol
Dormir cual estatuas de bronce truncadas
Que besa en los labios un rayo de sol.

Del címbalo al eco que vibra sonoro,

Descubro, agrupadas con gala marcial,
Mil torres con flechas y lanzas de oro,
Cual hueste brillante de pompa oriental.

Y admiro, rivales del cálido Oriente
Que esquivo sus besos de ardiente arrebol,
Las góticas torres del triste Occidente
Lanzarse atrevidas tras rayos de sol.

Contemplo la América, las islas en coro,
La Libia, que parte del sol el dosel;
Los cielos, los mares, los astros de oro,
Cual sombras de un sueño rodando en tropel.

Yo siento en mi pecho, con eco profundo,
De inmensas pasiones las ondas rodar.
¡Parece que el alma gigante del mundo
En vaso tan pobre se quiso albergar!...

Venid, de estos siglos yo soy el profeta;
Mi acento arrebató los pueblos en pos;
Oid de rodillas: ¡yo soy el poeta,
Yo soy en la tierra la sombra de Dios!...

Sevilla, Enero del 79.





EN LA MUERTE DE S. M. LA REINA

DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES DE ORLEANS Y BOR-
BON^[1].

Pobre flor que en su mañana
Yace por tierra abatida;
¡Ay! fue tan corta su vida
Como la ventura humana!

Un mismo Abril se mecieron
Junto al Bétis nuestras cunas;
Mas ¡cuán distintas fortunas
Nuestras suertes dividieron!

Reina ayer, no me atrevía
A alzar hasta tí los ojos;
¡Ángel, deja que de hinojos
Te contemple el alma mia!

Ayer virgen inocente,
Después reina soberana:
¡Claro sol de la mañana,
Qué pronto vas á Occidente!

Una aurora esplendorosa,
Para tí de nueva vida,